

El premio es la danza misma

Lina María Villegas Hincapié

La creación en danza se nutre de la idea de un tiempo y de espacios particulares en los cuales el cuerpo en movimiento desarrolla lenguajes sensibles. Se empieza por establecer vivencias experimentales, corporales y de movimiento para crear pequeños trozos, hacer partes aisladas, fragmentos, frases de movimientos que surgen del juego o de la experiencia lúdica del trabajo en el aula hasta que el entramado, descubierto, se convierte en la naturaleza del bailarín.

La experiencia del cuerpo y la vivencia de los montajes coreográficos son una posibilidad maravillosa de acercarse a la danza como ese espacio creativo que permite el conocimiento de sí y del otro (el bailarín y el director) en tanto las expresiones y los lenguajes del cuerpo facilitan pensar sobre la vida y sobre el entorno en el que vivimos.

En la danza, al elaborar y construir lenguajes de movimiento y ofrecer una lectura sensible al espectador, el cuerpo se hace creador de sentido y otorga a la pieza, no solo un valor artístico, sino también un valor social y cultural, permitiendo un acto poético de comunicación, construido por cada bailarín, que recorre múltiples direcciones y que es percibido por cada espectador. Estas construcciones artísticas y culturales están determinadas por la experiencia propia y por las relaciones que se establecen con los diferentes aspectos que hacen parte de las piezas coreográficas: información técnica de la danza, narrativas culturales, corporalidades particulares de los bailarines e historias de vida de quienes hacen parte del equipo creativo, que interactúan con el tema de la obra.

Crear en danza es construir una base expresiva que traduce en experiencia corporal la relación del sujeto con la realidad. La manera como el bailarín produce los gestos en la escena ofrece información sobre el lenguaje propio de la coreografía, los creadores y su contexto. La percepción de la obra de danza por parte del espectador contribuye a formar un sistema de creación y comunicación como una manera de construir conocimiento de lo que somos; es ahí donde el espectador es importante porque también le otorga sentido a la coreografía en el momento en el que la ve y la siente.

Tal ejercicio social y cultural y el reconocimiento del acontecimiento de la coreografía, de la obra de danza como un ejercicio de participación colectivo legitiman la creación de un premio a la danza. El premio, de hecho, es lo que conlleva la realización misma de una coreografía y lo constituyen las posibilidades de construcciones de lenguajes y el conocimiento que permite el acto creativo de la danza. El premio es la danza misma.

Es crucial, entonces, poner en juego la sensibilidad de los creadores para articular el pensamiento y las narrativas y abocar así a la producción del movimiento, la imagen, el sonido, la música, la acción; abocar, en últimas, a la coreografía. Y es crucial también poner en juego la sensibilidad del espectador que, finalmente, es quien percibe el acontecimiento como parte de lo que somos y, para mencionarlo en el marco de los Premios Nacionales de Cultura, como lo que somos en nuestro país. Es el argumento corporal, lo que se siente, se transmite y expresa, es la materialización que, en un momento dado, puede explicar el mundo que

habitamos a través de los sentidos, incluida la piel como un sexto sentido que hace parte de la emoción del bailarín.

En tanto manifestación humana de las culturas, la danza aparece como objeto de estudio en los campos de la antropología y de la sociología. En el terreno del arte, en Colombia, la danza tradicional ha existido desde tiempos lejanos y con el reconocimiento del sainete como manifestación popular pluriartística (teatro, danza, oralidad y cuentería) se abre caminos, particularmente a partir de finales de los años 90, a la relación entre los diferentes géneros de la danza con desarrollos singulares en cada una de nuestras regiones. Ya en el campo de la danza escénica, la historia de la danza clásica es reciente en Colombia: llega en los años 40 y luego, en los años 80, en confluencia con el teatro y con las artes visuales, se desarrolla en lo que podríamos llamar la danza contemporánea.

Un gran paso para la danza en el país se da cuando se la concibe digna de ser premiada. Inicios de ello los han construido el Ministerio de Cultura con sus becas de creación e investigación, Idartes en Bogotá, Secretaría de Cultura Ciudadana en Medellín, Instituto de Cultura y Patrimonio en Antioquia y otros entes estatales en diferentes regiones de Colombia que han reconocido los procesos de creación e investigación en danza como una alternativa para visibilizar la memoria de la cultura, la memoria de los cuerpos que somos, la memoria de nuestros acontecimientos.

La danza hace memoria del cuerpo en todos aquellos que confluyen en una puesta en escena: bailarines, coreógrafos y músicos, además de espectadores. Esa memoria corporal está atravesada por la cultura, pues parte de la idea de que los gestos, las emociones y percepciones están modeladas por la misma cultura, lo que permite construir un puente entre la expresividad, el sujeto que la acciona, y el contexto que la enmarca. La danza presenta



Juan Raúl Hoyos. 1-76. De la serie *Reordenamientos*. Acrílico sobre lienzo. 162 x 112 cm

una ruta para conocernos: conocer nuestros gestos, nuestros movimientos, nuestros entornos, nuestras narrativas.

Bienvenido un Premio Nacional de Danza, bienvenido un otorgamiento real a la danza misma como un lugar privilegiado que construye conocimiento. Bienvenido el camino que se vislumbra al abrir las puertas a una visibilización de la danza a través del Premio Nacional de Cultura. Solo resta seguir construyendo nuestros cuerpos, nuestros contextos, nuestra danza.

Lina María Villegas Hincapié es antropóloga y Magíster en Dramaturgia y dirección de la Universidad de Antioquia donde se desempeña como docente. Escribió este texto para la Agenda Cultural Alma Máter.